

II

ECUMENISMO PASTORAL

ECUMENISMO Y MISIONES

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO

Conferencia pronunciada en la XIX Semana Nacional de Misionología y Congreso Nacional de la Iglesia Misionera.

(Burgos, 5 - 12 de agosto de 1966)

Entendemos los términos “ecumenismo” y “misiones” en el mismo sentido que los entiende el Concilio Vaticano II. “Por movimiento ecuménico —dice el número 4 del Decreto de Ecumenismo— se entiende el conjunto de actividades y de empresas que, conforme a las distintas necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los tiempos, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos”. “Se llaman misiones —añade el Decreto de Misiones en el número 6— las empresas peculiares con que los heraldos del Evangelio, enviados por la Iglesia, yendo a todo el mundo, realizan el encargo de predicar el Evangelio y de implantar la Iglesia entre los pueblos o grupos que todavía no creen en Cristo”.

Las Iglesias y comunidades cristianas de nuestros días son plenamente conscientes de una doble exigencia: la *exigencia misionera* y la *exigencia ecuménica*. Las comunidades protestantes, en general, están muy lejos hoy de pensar en la línea de los primeros reformadores de los siglos XVI y XVII respecto de las misiones. No están con la Facultad de Teología de Wittenberg que declaraba el año 1651: "El mandamiento: Id por todo el mundo... sólo concierne a los apóstoles y discípulos de Cristo Señor. Por ello, ni los papistas ni los luteranos deben contar con semejante orden de ir a predicar por todo el mundo, sino que cada cual viene obligado a permanecer junto a su Iglesia, a la que regularmente ha sido llamado"¹. Y mucho menos con el teólogo Ursinus, que en 1664 afirmaba paladinamente que fundar una sociedad misionera era obra de Satán, insensata, inexcusable e impía².

Al contrario, casi se puede afirmar con fuerza que la "historia del protestantismo moderno (desde hace más de un siglo) es, en parte, la historia de un gigantesco esfuerzo misional mundial".

La misma Iglesia ortodoxa, tan avezada históricamente a contentarse con un testimonio cristiano en el interior de la sociedad en que desarrollaba su vida, hoy ha despertado con viveza a la conciencia misionera, según lo manifiestan las tendencias aparecidas en la Conferencia panortodoxa de Rodas del año 1961.

Y la Iglesia católica ha marcado con acento esta misma conciencia misionera actual a través de la reflexión conciliar que ha producido el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.

En cuanto a la conciencia ecuménica el hecho es aún más claro: Las Asambleas Mundiales del Consejo Ecuménico de las Iglesias, las Conferencias Panortodoxas de Rodas y el Concilio Vaticano II, celebradas todas en los últimos 15 años, la pregonan a satisfacción.

Pero hay más. Esta doble conciencia, misionera y ecuménica, aparecen *estrechamente unidas* en todas las Iglesias y comunidades eclesiales. Tan íntimamente ligadas, que resultan prácticamente fundidas.

Las ha fundido la historia moderna y se han fundido en razón de su misma acción y de su mismo ser. Es decir: la actividad misionera ha llevado a la actividad ecuménica, y viceversa: el ecumenismo impulsa a la misión. Un ejemplo elocuente nos ofrece la Conferencia de Edimburgo de 1910, con su toma de conciencia de la

¹ *Consilia Theologica Wittenbergensis*, Frankfurt s/M., 1664, t. 1, pág. 180.

² H. Ursinus: *Wohlgemeinte treuherzige...* Ratisbona, 1664.

estrecha conexión entre misión y unidad. Y una prueba definitiva encontramos en la integración del Consejo Mundial de Misiones en el Consejo Ecuménico, durante la III Asamblea Mundial de Nueva Dehli (1961) y en los Decretos de Ecumenismo y de Misiones del Vaticano II.

Esto no significa que antes del siglo XX no se haya manifestado nunca la relación entre unidad y misión y que antes no se hayan reclamado con fuerza ambos conceptos y actividades. De hecho en cada momento de ruptura aparecían siempre estas relaciones. Pero, lo que es nuevo e importante hoy: la toma de conciencia a escala oficial y universal en las Iglesias cristianas. Toma de conciencia que no se ha quedado en mera advertencia proclamada públicamente, sino que ha producido instituciones potentes y adecuadas para promover y desarrollar, en mutua interdependencia, las exigencias de la unidad y de la misión (Asociaciones internacionales misioneras y ecuménicas dentro del Consejo Ecuménico, Secretariados de la Unidad, de las religiones no cristianas y de los no creyentes, en la Iglesia católica, etc.).

Y otra cosa también nueva: las exigencias misioneras y ecuménicas se presentan hoy a la responsabilidad de las Iglesias desligadas de condicionamientos políticos y brotando del campo estrictamente religioso. Con lo cual, se está produciendo un profundo examen de conciencia en las Iglesias de su "misión apostólica" universal, en sentido de "enviadas" al mundo. Esto les hace ver dos cosas importantes: primera, que todos los cristianos deben ir unidos, como una sola Iglesia enviada; segunda, que deben ir no sólo a tierras de paganos, sino también a tierras de cristianos paganizados.

De aquí surge para todos la imperiosa necesidad de conocerse mutuamente en los campos de misión. Ya no podrán los católicos pensar ingenuamente que las misiones protestantes son "obra del diablo" o fruto exclusivo de los dólares americanos; sobre todo si atienden a esta frase lapidaria del Concilio Vaticano II: "El Espíritu Santo también obra en ellos con su virtud santificante... y a algunos de ellos les dio la fortaleza del martirio" (Dec. de Ecum., núm. 15). Ni tampoco la Ortodoxia Oriental podrá inculpar de "gigantesca máquina" a la Iglesia católica porque organiza con celo la actividad misionera.

Así tocados hondamente los cristianos por la doble responsabilidad de la unidad y de la extensión de la Iglesia, entienden cómo San Pablo estaba solícito a un tiempo de expandir el evangelio por el mundo entero y de conservar, al mismo tiempo, su unidad con la Iglesia apostólica de Jerusalén (Gál 2, 2).

Es con esta doble situación, así descrita, que los ecumenistas y misionólogos modernos, católicos y no católicos, formulan expresiones como estas: "la misión llevará a las Iglesias a la unidad", "el ecumenismo ha nacido de la misión y hacia la misión se orienta", "la evangelización es el tema ecuménico por excelencia", "la vocación a la unidad y la vocación misionera son, para la Iglesia, una sola y misma realidad", "la Iglesia es misionera de la misma manera que es una, santa, católica, porque es apostólica en sentido de enviada", "la Iglesia es esencialmente un acontecimiento misionero", "la raíz y el fin de la misión es la unidad", "la misión primordial de la Iglesia es la proclamación del evangelio y la unificación del mundo bajo la palabra de Dios".

Esto significa que el cristianismo actual vive un momento **importantísimo**: el momento en que ha recobrado, a escala mundial, la convicción de que unidad y misión son los dos polos orientadores de su marcha futura. En adelante, los misioneros cuidarán de corregirse de los defectos de sus predecesores, que con frecuencia se fijaban con predilección en lo que separaba a los cristianos de sus tierras de misión, produciendo nuevas escisiones. El juicio formulado por Richard Simon, en el siglo XIX, sobre los misioneros occidentales en Oriente es un alerta de acción misionera futura: "Los latinos —dice en su *Histoire critique*, páginas 10-11— han hecho a la Iglesia griega insultos sin motivo y los misioneros la han tratado con frecuencia como hereje sin fundamento alguno". El método misional exigido para hoy se centra más en los aspectos comunes, poseídos por todos los cristianos, para llevar adelante la misión; método, por otra parte, que se identifica con el método ecuménico, proclamado por Juan XXIII y seguido plenamente por la doctrina del Vaticano II: "miremos a lo que nos une".

Esta es una tendencia nueva y contraria a la registrada en el origen de todas las escisiones y rupturas: el repliegue hacia la comunidad particular, con menosprecio del respeto a los demás y olvido de la apertura a la misión. La Iglesia Nestoriana se constituyó separada por replegarse a la nación persa; las Iglesias monofisitas cayeron en el cisma por sacudirse de la Iglesia bizantina, replegándose en sus lugares de origen: Armenia, Siria, Egipto; la Iglesia Bizantina llegó a la escisión por proclamar Nueva Roma a su ciudad de Constantinopla con el desprecio de la antigua y universal Roma; y las Iglesias de la Reforma quedaron desligadas de la unidad católica en fuerza de nacionalismos levantados contra el universalismo.

Todas estas Iglesias, nacidas por tendencia restrictiva y particularista, quedaron imposibilitadas para la misión durante largos perio-

dos de tiempo; y sólo cuando sintieron necesidad de expansión empezaron a despertar atisbando la necesidad de reconstruir la unidad.

Ahora se presentan estos interrogantes: ¿Serán capaces los misioneros católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes de evangelizar ecuménicamente? ¿Podrán los misioneros católicos coordinar la acción misionera de una Iglesia que se dice única verdadera con la acción misionera de las múltiples sociedades misioneras protestantes que han dado origen a las Jóvenes Iglesias? ¿El Consejo Ecuménico de las Iglesias, nacido para unificar, no correrá el riesgo de desunir ahora que se ve ligado al Consejo Internacional de Misiones? ¿Será posible evitar que continentes como América del Sur se protestanticen por la acción proselitista de las Asociaciones misioneras de América del Norte? ¿Dialogarán las sociedades misioneras protestantes?

Difícil, sin duda, se presenta la solución. Y en este terreno está planteado el más agudo problema ecuménico. Nos atrevemos a decir que si el ecumenismo acierta a triunfar en la misión y si la misión acierta a triunfar con espíritu ecuménico legítimo, el cristianismo ha ganado la más importante batalla frente al mundo que debe hoy salvar.

Que el Consejo Ecuménico de las Iglesias esté dispuesto a evitar los inconvenientes del proselitismo misionero antiromano, es cosa que debemos esperar con certeza, ya que desde su fundación siempre actuó en esta línea.

Que los misioneros católicos podrán superar las dificultades misioneras y ecuménicas entrañadas en el problema, podemos augurarlos desde la doctrina conciliar vertida en el Decreto "Ad Gentes" que comenta ampliamente esta Semana XIX de Misionología que estamos celebrando.

Los números más salientes a este respecto son: 6, 15, 29, 36.

Número 6: "La actividad misionera entre las gentes se diferencia tanto de la actividad pastoral que hay que desarrollar con los fieles cuanto de los medios que hay que usar para conseguir la unidad de los cristianos. Ambas actividades, sin embargo, están muy estrechamente relacionadas con la diligencia misionera de la Iglesia; porque la división de los cristianos perjudica la causa santísima de la predicación del evangelio a toda criatura y cierra a muchos la puerta de la fe. Por lo cual, la causa de la actividad misionera y la del restablecimiento de la unidad de los cristianos están estrechamente unidas por la necesidad de la misión que exige a todos los

bautizados unirse en una sola grey, para poder dar de esta forma testimonio unánime de Cristo, su Señor, delante de todas las gentes. Pero, si todavía no pueden dar plenamente testimonio de una sola fe, es necesario, por lo menos, que se vean animados de mutuo aprecio y caridad”.

Aparece bien claro que misión y unidad no pueden separarse. Y que hay que comenzar la colaboración en la misión, al menos por el aprecio y la caridad.

Número 15: “Cultívese el espíritu ecuménico entre los neófitos para que aprecien que los hermanos en la fe son discípulos de Cristo regenerados por el bautismo, participes con ellos de innumerables bienes del pueblo de Dios. En cuanto lo permitan las condiciones religiosas, promuévase la acción ecuménica que, excluida toda especie, tanto de indiferentismo y confusionismo como de emulación insensata, los católicos colaboren fraternalmente con los hermanos separados, según las normas del Decreto sobre el ecumenismo, en la común profesión posible de la fe en Dios y en Jesucristo delante de las naciones y en la cooperación en asuntos sociales y técnicos, culturales y religiosos. Colaboren sobre todo por Cristo, su común Señor. ¡Que su nombre los junte! Esta colaboración hay que establecerla no sólo entre las personas privadas, sino también, a juicio del ordinario del lugar, entre las iglesias o comunidades eclesiales y sus obras”.

El Concilio señala la amplitud de la colaboración (asuntos sociales, técnicos, culturales, religiosos), da el fundamento teológico de dicha colaboración (son hermanos en Cristo) y obliga no sólo a las personas particulares, sino también a las comunidades.

Número 29: “Este Dicasterio de “Propaganda Fide”, juntamente con el Secretariado para promover la unión de los cristianos, busque las formas y los medios de procurar y ordenar la colaboración fraterna y la pacífica convivencia con las empresas misioneras de otras comunidades cristianas, para evitar en lo posible el escándalo de la división”.

Los misioneros no se verán solos en este problema misionero-ecuménico. Podrán disponer de las directrices y experiencias de altos dicasterios romanos.

Número 36: “La primera y principal obligación por la difusión de la fe es vivir profundamente la vida cristiana... Este testimonio de la vida producirá más fácilmente su efecto si se da juntamente con otros grupos cristianos, según las normas del Decreto sobre Ecumenismo”.

Este Decreto "Ad Gentes", se ve, supone toda la doctrina conciliar vertida en el Decreto de Ecumenismo.

Como valoración ecuménica del Decreto "Ad Gentes" podemos aceptar lo que escribe Alexandre Gilles de Pelichy: "En materia ecuménica, el Decreto "Ad Gentes" marca una etapa decisiva en la historia de las misiones. Determina una orientación totalmente nueva de la actividad misionera e implica reformas y adaptaciones importantes en el anuncio del mensaje evangélico y en la manera de dar testimonio ante las naciones".

(Misiones Extranjeras, núm. 50, pág. 329)

De toda esta situación y doctrina saltan como exigencias de inmediata realización las siguientes:

a) el diálogo entre teólogos de diversas confesiones sobre puntos dogmáticos ecuménico-misionales: fe, palabra de Dios, evangelización, conversión, proselitismo, etc., con el fin de contar con conceptos comunes que puedan aliviar las dificultades de pensamiento;

b) la revisión conjunta de la acción misionera entre misioneros de distinta fe, para cercenar constantemente los defectos antiecuménicos;

c) la inclusión del tema ecuménico en la programación de la temática misional (Semanas, revistas, instituciones, etc.);

d) la creación de actitudes integradoras, factores de unidad, que vayan extendiéndose hasta el punto de que todas las Iglesias se entreguen a un movimiento de conjunto hacia la unidad y surja potente una voluntad popular de unidad y de misión.

Y como conclusión podemos decir con el teólogo ecumenista Bernard Lambert: "El problema consiste en la recuperación ecuménica del sentido de la misión de la Iglesia, que ha sido desviado, dividido o disminuido como consecuencia de las divisiones entre los cristianos"³. O, de otro modo, también con palabras de Bernard Lambert: "El problema ecuménico, en su aspecto misión de la Iglesia, consiste precisamente en la liberación de esta mordaza de conflictos, y la recuperación universal del sentido pleno de la misión de la Iglesia, que conducirá a la integración de la acción de los cristianos y de las comuniones cristianas en el mundo"⁴.

³ *El Problema ecuménico*, pág. 246.

⁴ *Id.*, pág. 234.